

LA REFLEXIÓN DE TOMÁS

Tomás se encontraba corriendo por un campo de trigo mientras observaba como un tractor cosechaba el terreno contiguo, a su lado, un perro ladraba, era un sonido atronador. Se despertó, el ladrido del perro no era más que el ruido del despertador tergiversado en sus sueños. Otra vez había estado soñando con una de las historias que le contaba su abuelo cuando iba a visitarlo.

Después de una ducha con agua fría, Tomás se encaminó hacia la universidad para realizar su último examen antes de poder disfrutar de las vacaciones de verano que tanto ansiaba, pero lo que más le apetecía era acabar e ir a ver a su abuelo para que le contase otra de sus historias.

Tras acabar el examen, cogió el autobús que iba al pequeño pueblo donde su abuelo vivía, a poca distancia de la capital aragonesa. Cuando llegó no pudo contenerse, abrazó a su abuelo y esperó a que otra historia comenzase.

Desde bien pequeño había estado escuchando todas las historias que le contaba, se las sabía prácticamente de memoria, pero conforme los años pasaban, Tomás nunca se cansaba de escucharlas, quedaba embelesado desde el comienzo hasta el final, no como el resto de sus primos que mandaban callar a su abuelo. La historia comenzó, era la favorita de Tomás, la niñez de su abuelo Teo, su paso por la escuela y su salida para realizar labores en el campo.

“Todo comenzó cuando tenía 5 años, era mi primer día de escuela y, al ser el mayor de los hermanos, tenía la obligación de no parecer nervioso, era mi responsabilidad, mis dos hermanas empezarían el curso el próximo año y quería causar buena impresión para que tuvieran muchas ganas de empezar la

escuela. Me despedí de mi madre, cogí mi maletín lleno de pinturas de colores y entré, se cerraron las puertas tras de mí y sentí como si estuviera en otro universo.

Por fuera, la escuela parecía un edificio medio derruido, pero por dentro, se veía la magia en las paredes, letras y números pintados de todos los colores, solo daban ganas de sentarse en el pupitre y aprender. Eso hice, mientras el resto de los niños lloraban y pataleaban, yo estaba deseoso de aprender. Los días pasaban, me levantaba todas las mañanas con ganas de ir a la escuela donde aprendí a leer, me dio mucha pena que llegase el verano porque no había escuela.

Tocaba ya que empezase el segundo curso y había logrado mi principal objetivo, que mis hermanas no estuvieran nerviosas de empezar; conseguí que fueran con ganas de aprender. Les tocó ir a clase conmigo pero, mientras ellas aprendían a leer, yo aprendí a escribir, aunque me costó dos cursos conseguir plasmar mis historias en el papel.

El tiempo pasaba muy deprisa dentro de la escuela, nuestra maestra Candela era muy buena con nosotros y nos enseñaba con suma simpatía todos los conocimientos que debíamos adquirir en esa edad.

Pero cumplí los 8 años, no lo recuerdo como una buena etapa, mi maestro era Don Francisco, si, nos hacia tratarle de Don. Recuerdo con claridad esa época, no me gustaba nada, en casa tenía que parecer que me seguía encantando ir a clase pero, cuando todos estaban ya dormidos, me encerraba en el baño para llorar. Era difícil tener momentos así en casa, había llegado un bebé a la

familia y mi padre tenía que trabajar de sol a sol para intentar mantenernos mientras mi madre se hacía cargo del hogar y de nosotros cuatro.

En la escuela todo era un infierno, llegaba a clase, otra clase distinta a la anterior, en ella no había letras y números pintados en las paredes, solo una pared blanca, sucia, todo era tristeza.

Era el curso de aprender matemáticas, a mi me gustaba mucho aprender a sumar y restar pero cada equivocación tenía sus consecuencias. Al principio, Don Francisco solo nos daba una colleja pero cada vez fue a peor. Aun recuerdo el dolor que se sentía cuando la regla de madera chocaba con el culo o las yemas de los dedos, o cuando me echaba el humo en la cara del cigarro que se estaba fumando. Aún así, aprendí a amar las matemáticas durante los dos cursos que Don Francisco me estuvo impartiendo clase.

Al cumplir los 10 años mis padres decidieron que debía salir de la escuela para ayudar a mi padre en el campo pues siendo tantos en casa, casi no teníamos alimento que meternos en la boca y tomé la responsabilidad de poder sacar adelante a la familia junto con mi padre, pero no se me olvidaron las matemáticas.

Durante las jornadas en el campo, me dedicaba a sumar y restar, multiplicar y dividir, me di cuenta, que todo era matemáticas. Observaba la geometría en los paneles de las abejas o las esferas perfectas que dejaba el rocío en las hojas de las plantas que cultivábamos y, tras la dura jornada de trabajo, llegaba a casa para ayudar a mis hermanas con todo eso, para que Don Francisco no hiciera con ellas lo que había hecho conmigo, para que ellas si pudieran seguir aprendiendo y enseñándome cuando yo ya no pudiera ayudarlas a ellas.”

Tomás estuvo embelesado durante toda la historia y, como siempre, una lagrimilla se le escapó cuando su abuelo Teo acabó. Lo diferente que hubiera sido si su abuelo hubiera nacido en otra época y hubiera podido estudiar.

Después de la historia, Tomás se fue a dar un paseo por la zona de los colegios del pueblo de su abuelo, intentando recordar su niñez como había hecho él, para poder contarle a sus futuros nietos todo el cambio que ha habido en la educación y en la escuela.

Cuando Tomás era pequeño, sus maestros se veían implicados en la causa como la maestra Candela de su abuelo, no había malos tratos y faltas de respeto por errores, pues se iba a la escuela a aprender. Si no entendías algo, ahí estaba tu profesor para explicártelo tantas veces como fuera necesario y ahí estaban tus padres, para sacarte adelante y darte una educación que ni ellos ni sus padres habían podido tener. Tanto en la escuela como en el instituto, se veía a personas comprometidas en enseñar todos los conocimientos necesarios para tener una cultura y una educación, para hacer aprender a los niños.

Tomás llegó a uno de los centros, y se quedó observando cómo los nuevos maestros enseñaban a los alumnos. Por la ventana se veía una distribución singular de los pupitres, todos ellos, colocados en forma de U con la pizarra al frente, y dos de los pupitres en medio de esa U. A Tomás le pareció extraño, por lo que siguió mirando por la ventana. La maestra parecía enseñar a todos sus alumnos, pero no prestaba atención a las dudas de esos dos niños que se encontraban en medio. Tomás supuso, ante la situación, que esos dos niños les costaba aprender un poco más que al resto, tenían dificultad para entender

lo que la profesora explicaba. Lo que no entendió fue el por qué si tenían más dificultad, la profesora los aislaba, en vez de darles mayor apoyo y ayudarles a progresar.

Cuando Tomás iba a la escuela, si un alumno tenía dificultades con el aprendizaje, se volcaban más en él hasta que lo entendía, no lo discriminaban como estaba observando que se hacía ahora.

Había habido una evolución en la educación con respecto a sus abuelos y sus padres, pero los niños de ahora no tenían la educación que a Tomás se le había concedido y eso era un retroceso.

Ya fuese por la implicación de los profesores, pues los que habían dado clase a Tomás se habrían topado con maestros como Candela y tenían ganas de enseñar, o ya fuese por las nuevas tecnologías, que hacen que los niños solo quieran estar jugando con aparatos electrónicos y no aprendiendo con libros u observando en la calle, la educación estaba volviendo a cambiar pero no progresando.

Eso hizo pensar a Tomás, llamó a sus amigos que estudiaban magisterio, de los que a veces se reía por creer que en sus clases prácticas se dedicaban a hacer manualidades, como collares de macarrones. Les dijo que, por favor, se implicasen en la causa, magisterio es la única carrera que se encarga de hacer que los niños tengan sueños, es la profesión que enseña a las demás profesiones y da la educación de las personas, y necesita un progreso, no un retroceso.

FIN